

El carrusel en llamas

EXISTEN OBRAS CUYO PROYECTO RESULTA VISIBLE, incluso cuando, a fin de cuentas, dicho plan sólo desempeña un rol de estímulo. Sin embargo, su evidencia nos permite una confortable aproximación al libro, nos crea la ilusión de estar en condiciones de describirlo, e incluso de evaluar la distancia entre el proyecto y su ejecución.

Hay otras, como esta novela de Nivaria Tejera, en las que el proyecto parece ser perfectamente contemporáneo de la escritura. Estas obras exigen mayores precauciones a la hora de examinarlas; es necesario tomar distancia, hacer el esfuerzo de imaginar el procedimiento del escritor e intentar situarse en el origen del trabajo y no frente al trabajo concluido.

Basándonos en las primeras frases de *Sonámbulo del sol*, uno puede imaginar repentinamente, en la opacidad interior, un destello, una requisitoria muda, un llamamiento inaudible; una especie de frase vacía que aún es sólo ritmo, una parcela de tiempo caracterizada por la simetría de los acentos que le dan una forma, un cuerpo. Una frase que nace allá, en el centro de la conciencia, que nada limita, y que se levanta, se encorva, se estabiliza unos instantes para descender, y dejar caer sobre la página sus palabras, ahora iluminadas, finalmente cargadas de sentido. Ellas nos han aportado un «él» indefinido aún, que servirá de punto de apoyo, y una atmósfera de ciudad calcinada, llena de «rostros sudorosos, en suspenso, empotrados en la contemplación», resonante de seres que se arrastran en «un brillo entreverado, relampagueante».

Al cabo de algunos párrafos, la escritura despega y entra en la órbita que el ritmo inicial había trazado, ritmo que exige palabras e impone que las frases proliferen sin cesar, y que el discurso fluya y vaya sobre ruedas. La lectura reproduce, de cierta manera, los rasgos que la escritora ha rozado levemente durante su recorrido: cada interrupción que esté señalada por un espacio en blanco, nos causa la impresión de un accidente; podemos retomar las frases, pero el aliento portador de palabras, nos será más difícil de retomar, de recobrar.

Héctor Bianciotti

Nivaria Tejera es el lenguaje en trance. He aquí, por ejemplo, algunas frases que parecen encaminadas a iluminar el camino seguido por la novelista y, al mismo tiempo, el del lector que ha intentado recrear en él «el estado de canto» que se halla en el inicio de este libro: «la sensación lo sacude, lo posee sí, pero en la medida en que se le escapa y a lo que más se parece uno es a un sismógrafo registrando un terremoto a 2.000 kilómetros de distancia...».

La materia psicológica sólo interesa por su aptitud para convertirse en imágenes, para estimular las palabras, a cada instante, para seguir el ritmo primordial que las precede, exigiendo de ellas que desarrollen un sistema de sugerencias, más que de permanecer en su sentido estricto. Y esta fuerza rítmica alimenta frases que, de manera vertiginosa, y como por azar, segregan sus propias metamorfosis e impide al personaje —Sidelfiro— que intervenga directamente, como tal, en la narración: él no es otra cosa, mirándolo bien, que prueba de sí mismo, drama reprimido que recarga la escritura a punto de estallar.

UNA EXISTENCIA PASIVA

Mulato, agente de seguros, desempleado en los muelles y, finalmente, ujier en un ministerio de La Habana de Batista; pero, sobre todo, un «sonámbulo del sol», que apenas se distingue de las cosas en el calor húmedo de las calles; figura viscosa en medio del paisaje urbano, conciencia angustiada, aunque pasiva, ante su estado larvario, Sidelfiro lleva una existencia sumergida, disuelta dentro de su visión del mundo y, más allá de sus circunstancias, representa la agonía de ese anhelo capital: la voluntad de poseer su propia vida.

Sidelfiro y la ciudad aplastada por el sol: interioridad y exterioridad que confunden sus símbolos, que componen al unísono un repertorio único de signos que describen un infierno monótono, y forman de este modo una sola realidad, una realidad alternativa, inaccesible y desgarrada, irremediablemente alejada de sí misma.

Sidelfiro es el eje de una contradicción, uno de los términos de una antinomia que varias parejas de palabras pueden traducir: sol-nieve, luz-sombra, fuego-hielo, aquí—allá —siendo el *aquí* su existencia oculta bajo «la bruma intensa del sol», y allá el pobre absoluto geográfico con el que sueña su cuerpo cansado: «...qué indefinible sensación de atravesar mares hacia no se sabe dónde, donde la nieve se extiende para proyectar sombra sobre las casas, donde los verdes dejan de ser profundos y las noches son heladas y el hombre no ha inventado más que el día de hoy y para quien lo único vivo es lo que se le da ahora sin acumulación de límites, vecino».

A todo lo largo de la novela, llevada a buen paso en «crepitaciones de sacudidas rítmicas», uno divisa, a vista de pájaro, por decirlo así, a Sidelfiro que camina bajo el sol implacable, sube escaleras, llama a las puertas, y entra en las casas para proponer las pólizas de seguros de vida; Sidelfiro, que «coloca el mundo sobre el suelo desde su infancia, lo esparce por los rincones como un perro que ladra a los cuatro vientos»; Sidelfiro, que va de bar en bar, se emborracha, deambula, habla con desconocidos sin establecer la menor

comunicación; Sidelfiro, que finalmente entra de ujier en un ministerio en el que se convierte en guardián solícito, un perro fiel en medio de secretarías chachareras —personajes marginales que la autora, abandonando por un momento el espacio surcado por vértigos que le es propio, y echando mano de un bisturí, a la manera de N. Sarraute, practica sobre ellos minuciosas incisiones.

Más adelante, sin que el más mínimo cambio se haya producido en él, dentro de esta realidad vacilante que forma junto con la ciudad, le vemos —última imagen— dejándose llevar por la multitud, porque ha estallado una huelga general, víctima de la misma angustia indescifrable y sometido a la misma pasividad. Y es solamente al nivel de la atmósfera que encontramos un esbozo de desenlace: de repente, las nubes ocultan el sol, el cielo se pone gris, el aire se estremece.

Tal vez, Nivaria Tejera, a medida que avanzaba en su narración, quiso hacer visible —ejemplar— la vida de un mulato cubano durante la dictadura de Batista, bajo el sol de siempre, el sol que, según la expresión de Wilde que tanto impresionó a Gide, mata las ideas.

Ha hecho algo mejor: más allá de Sidelfiro, la novela nos devuelve, en toda su riqueza, la propia ciudad de La Habana y, una vez concluida la lectura, uno permanece —en el sentido físico de la palabra— deslumbrado y algo aturrido, como si hubiera caído de ese «carrusel en llamas» al que el sol reduce allí a los seres y a las cosas, mientras que un ritmo de cadencias exactas, del que está ausente la palabra, se va alejando.

Novela de poeta, *Sonámbulo del sol* ha sido traducida admirablemente por Adelaïde Blasquez, que sabe trasladar las expresiones felices de una lengua hacia la otra, dejando incluso vislumbrar, en el instante en que se produce la conversión de las palabras, la sabiduría de una obra paralela.

Traduc.: Xavier Ricardo



Tu intimidad es un juego lacónico.
Acrílico sobre lienzo, 300 x 250 cm., 1987.
Colección privada, EE. UU.